DON ANTONIO MACHADO Y LA PALABRA EN EL TIEMPO

Si existe en el panorama de la poesía española contemporánea un poeta que encarne en sus rasgos más genuinos y específicos el espíritu de la generación del 98, y se haga eco de los sentimientos y problemas que han preocupado más hondamente a los escritores de su generación, éste es, sin duda, el misterioso y silencioso don Antonio Machado. Junto a nuestro donquijotesco don Miguel de Unamuno, el apasionado rector de Salamanca torturado por la duda y el ansia de inmortalidad, que aparece hoy a nuestros ojos no sólo como el más alto genio intelectual y metafísico de la generación del 98, sino como su más alto genio literario y creador, la figura retraída y solitaria de don Antonio Machado se yergue ante nosotros como la más alta cima de lirismo, de emoción y de melancolía que ha producido la poesía española del presente siglo.

Espíritu ensimismado, reflexivo y soñador, cuya preocupación vital y temporal, bebida inicialmente en las más puras fuentes de la filosofía bergsoniana, adquiere muy pronto una dimensión existencial que se anticipa primero y se nutre después del pensamiento de Heidegger, la prodigiosa intuición lírica de don Antonio Machado aparece entrañada de tal modo en las raíces temporales de la existencia humana y en la muerte y de la nada, que su metafísica existencialista, fundada esencialmente en el principio de que la vida es tiempo, contiene en germen algunos de los más capitales hallazgos de la filosofía existencial, sin duda la más operante y viva que ha producido el pensamiento de nuestra época.

En este sentido, frente al existencialismo cristiano de Unamuno, desgarrado por el tormento hiriente de la duda y por su desesperado anhelo de inmortalidad, el existencialismo humano de don Antonio Machado, basado no en la esperanza en el más allá, sino en la espera de la muerte, se hace eco, quizá por su radical agnosticismo, de una preocupación social que le ha convertido en el precursor y profeta de una gran parte de la renovación poética surgida en España en los años inmediatamente posteriores a nuestra guerra. Es evidente, sin embar-

go, pese a la trascendencia decisiva que posee su obra en este sentido, y al enorme influjo que ha ejercido en la eclosión de una nueva poesía social, que valorar exclusivamente esa ulterior consecuencia de su obra, sin explicar previamente las razones en que se funda y las raíces de que procede, corre el grave riesgo de dar a la poesía machadiana, una interpretación excesivamente anecdótica y superficial y de incurrir, por consiguiente, en un juicio absolutamente erróneo. Las verdaderas raíces de la poesía de don Antonio Machado hay que buscarlas en su concepto existencial de la vida humana como ser en el tiempo y en sus doctrinas sobre la creación poética como palabra en el tiempo, sometida, como la vida misma, a las leyes de la temporalidad.

En efecto, la poesía de don Antonio Machado está presidida, de una manera absoluta, por la obsesión del tiempo, cuyo curso fatal e inexorable, cuyo perpetuo devenir arrastra la vida humana hacia la muerte. Esta obsesión, no sólo aparece en sus versos como tema reiterado y constante, sino que está claramente expresada en *El "Arte Poética" de Juan de Mairena,* incluida en sus *Obras Completas,* en la cual se llama a sí mismo *el poeta del tiempo*: "Sostenía Mairena —escribe su creador— que la poesía era un arte temporal —lo que ya habían dicho muchos antes que él— y que la temporalidad propia de la lírica sólo podía encontrarse en sus versos plenamente expresada."

Ahora bien, consciente de que esta temporalidad que atribuye a la poesía aparece en franca contradicción con el carácter universal y permanente que ha de alcanzar toda creación artística, Machado se apresura a explicar en qué consiste: "Todas las artes aspiran a productos permanentes, en realidad, a frutos intemporales. Las llamadas artes del tiempo, como la música y la poesía, no son excepción. El poeta pretende, en efecto, que su obra trascienda de los momentos psíquicos en que es producida. Pero no olvidemos que, precisamente, es el tiempo (el tiempo vital del poeta con su propia vibración) lo que el poeta pretende intemporalizar, digámoslo con toda pompa: eternizar. El poema que no tenga muy marcado el acento temporal estará más cerca de la lógica que de la lírica."

Esta esencial preocupación de Machado por el tiempo vital del poeta, por su ser en el tiempo cuyo constante devenir quisiera apresar en sus versos, revela en el creador de Juan de Mairena una preocupación existencial, cuyas viejas raíces clásicas y heraclitianas no excluyen una genial premonición de las ideas de Heidegger en su famosa obra *Sein und Zeit,* publicada en 1927, a las que nuestro gran poeta se anticipa ya en los versos de *Soledades,* su primer libro, publicado en 1907.

En efecto, partiendo inicialmente del viejo concepto bíblico que

considera la vida del hombre como un camino sobre la tierra, Machado concibe la existencia humana como un fugaz y transitorio sueño de ilusión y de esperanza a lo largo de un camino que nadie sabe a dónde va. Símbolo del incesante y trabajoso caminar que es nuestra vida, viaje a través del tiempo que va del ayer al mañana, el camino del vivir es un devenir constante, un tránsito siempre renovado, dentro de la eterna sucesión temporal, como el fluir de la corriente de un río cuyas aguas pasan para no volver jamás. Por eso Machado hace suya la famosa imagen manriqueña que equipara nuestras vidas a los ríos, y afirma reiteradamente que la vida tiene el ritmo de los ríos y de las ondas que pasan. Ahora bien, como lógica consecuencia de esta concepción temporal de la existencia humana como un penoso camino que lleva hacia la nada o como un río que va a dar en la muerte, don Antonio Machado, ya en su primer libro, concibe la vida como ser en el tiempo y, más concretamente, como el heideggeriano ser para la muerte:

> "Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita
> son las desesperantes posturas que tomamos.
> para aguardar... Mas Ella no faltará a la cita."

En la angustia que provoca esa espera de nuestra vida en el tiempo, encuentra Machado la más honda justificación y el más trascendente impulso de la creación poética. "Porque —según dice en su *Juan de Mairena*—, ¿cantaría el poeta sin la angustia del tiempo, sin esa fatalidad de que las cosas no sean para nosotros, como para Dios, todas a la par, sino dispuestas en series y encartuchadas como balas de rifle, para ser disparadas una tras otra? En cuanto nuestra vida coincide con nuestra conciencia, es el tiempo la realidad última, rebelde al conjuro de la lógica, irreductible, inevitable, fatal. Vivir es devorar tiempo: esperar; y por muy trascendente que quiera ser nuestra espera, siempre será espera de seguir esperando. Porque, aun en la vida beata, en la gloria de los justos, ¿estará, si es vida, fuera del tiempo y más allá de la espera? Adrede evito la palabra "esperanza", que es uno de esos grandes superlativos con que aludimos a un esperar los bienes supremos, tras de los cuales ya no habría nada que esperar."

Ahora bien, si según la profunda concepción machadiana, nuestra vida es tiempo y el tiempo es la realidad última, rebelde al conjuro de la lógica, irreductible, inevitable y fatal, no es de extrañar que la temporalidad de la existencia humana ejerza una influencia decisiva en el proceso de la creación poética que Machado considera unamunianamente como una eternización de la momentaneidad. "La poesía

es —decía Mairena— el diálogo del hombre, de un hombre con su tiempo. Eso es lo que el poeta pretende eternizar, sacándolo fuera del tiempo, labor difícil y que requiere mucho tiempo, casi todo el tiempo de que el poeta dispone."

Dejando aparte lo que pueda haber de paradoja en estas últimas frases, es evidente que este concepto de la poesía como un *diálogo del hombre con el tiempo,* en el que el poeta pretende eternizar a través de la palabra determinados momentos de su vida, o de su ser en el tiempo —o, si se quiere, para usar la misma expresión machadiana, de su *tiempo vital*—, enlaza tan estrechamente el proceso de la creación poética a la fluencia temporal del vivir humano, que desborda los límites de la pura intuición lírica para cobrar una verdadera dimensión existencial.—En este sentido hay que entender la famosa definición de la poesía como *palabra en el tiempo,* que don Antonio Machado formuló por vez primera en unos versos aforísticos y sentenciosos de sus *Nuevas canciones* (1924), en los cuales se encierra y condensa el principio fundamental de su concepción poética:

"Ni mármol duro y eterno,
ni música ni pintura,
sino palabra en el tiempo."

La explicación más amplia y pormenorizada del verdadero alcance y sentido de esta definición machadiana se encuentra en la *Poética* del autor, que precede a la selección de sus versos incluida en la primera edición de la *Antología* de poetas españoles contemporáneos de Gerardo Diego, publicada en 1931. En efecto, en aquel texto, escrito ex profeso para dicha recopilación y que refleja, en consecuencia, las ideas literarias y estéticas del gran poeta en los años de su madurez, don Antonio Machado afirma de manera tajante: "En este año de su *Antología* (1931) pienso, como en los años del modernismo literario (los de mi juventud), que *la poesía es la palabra esencial en el tiempo.* La poesía moderna, que a mi entender arranca, en parte al menos, de Edgar Poe, viene siendo hasta nuestros días la historia del gran problema que al poeta plantean estos dos imperativos, en cierto modo contradictorios: *esencialidad* y *temporalidad.* El pensamiento lógico, que se adueña de las ideas y capta lo esencial —sigue diciendo Machado—, es una actividad destemporalizadora. Pensar lógicamente es abolir el tiempo, suponer que no existe, crear un movimiento ajeno al cambio, discurrir entre razones inmutables. El principio de identidad —nada hay que no sea igual a sí mismo— nos permite anclar en el río de Heráclito, de ningún modo aprisionar su onda fugitiva.

Pero al poeta no le es dado pensar fuera del tiempo, porque piensa su propia vida que no es, fuera del tiempo, absolutamente nada."

De acuerdo con este concepto temporal de la existencia humana, basado en la idea de que el tiempo es la realidad última del ser, puesto que vivir no es más que ser en el tiempo, don Antonio Machado manifiesta su radical disconformidad con los jóvenes poetas españoles del momento en que escribe, por cuanto "propenden —dice— a una destemporalización de la lírica, no sólo por el desuso de los artificios del ritmo, sino, sobre todo, por el empleo de las imágenes en función más conceptual que emotiva". Esta tendencia le parece, al genial creador de *Juan de Mairena,* totalmente errónea, no sólo porque, según él, "el poeta que pretende elevar su corazón hasta ponerle fuera del tiempo, en el *topos uranios* de las ideas", se basa en un propósito fundamentalmente antipoético, sino porque la pretensión de "elevarse a lo absoluto por el vuelo imposible del intelecto discursivo en un vacío de intuiciones", le parece más propio de la metafísica dogmática que de la auténtica poesía.

De ahí la radical aversión de don Antonio Machado contra la poesía puramente intelectual, contra la poesía pura y conceptual, abstracta y destemporalizada, desasida por entero de la vida y del tiempo, completamente al margen de las inquietudes y problemas de la existencia humana y de los sentimientos de su época: "Entretanto se habla de un nuevo clasicismo —escribe en su *Poética*— y hasta de una nueva poesía del intelecto. El intelecto no ha cantado jamás, no es su misión. Sirve, no obstante, a la poesía, señalándole el imperativo de su esencialidad. Porque tampoco hay poesía sin ideas, sin visiones de lo esencial. Pero las ideas del poeta no son categorías formales, cápsulas lógicas, sino directas intuiciones del ser que deviene, de su propio existir; son, pues, temporales, nunca elementos ácronos, puramente lógicos. El poeta profesa, más o menos conscientemente, una metafísica existencialista, en la cual el tiempo alcanza un valor absoluto. Inquietud, angustia, temores, resignación, esperanza, impaciencia que el poeta canta, son signos del tiempo y, al par, revelaciones del ser en la conciencia humana."

Para darse cuenta de cómo esa metafísica existencialista que don Antonio Machado declara profesar más o menos conscientemente en 1931, es un claro eco de la analítica existencial del ser de Martín Heidegger, en cuya obra fundamental, aparecida cuatro años antes, el gran poeta de la vida es tiempo había encontrado el más inesperado fundamento filosófico a su genial intuición poética de la temporalidad de la existencia humana, bastará aducir un interesantísimo pasaje de su libro *Juan de Mairena,* publicado en 1936, en el cual, con una

anticipación verdaderamente profética, anuncia la aparición de una filosofía poética y de una poesía filosófica de tipo existencial:

"Algún día —habla Mairena a sus alumnos— se trocarán los papeles entre los poetas y los filósofos. Los poetas cantarán su asombro por las grandes hazañas metafísicas, por la mayor de todas, muy especialmente, que piensa el ser fuera del tiempo, la esencia separada de la existencia, como si dijéramos, el pez vivo y en seco, y el agua de los ríos como una ilusión de los peces. Y adornarán sus liras con guirnaldas para cantar estos viejos milagros del pensamiento humano. Los filósofos, en cambio, irán poco a poco enlutando sus violas para pensar, como los poetas, en el *fugit irreparabile tempus*. Y por este declive romántico llegarán a una metafísica existencialista, fundamentada en el tiempo; algo, en verdad, poemático más que filosófico. Porque será el filósofo quien nos hable de angustia, la angustia esencialmente poética del ser junto a la nada, y el poeta quien nos parezca ebrio de luz, borracho de los viejos superlativos eleáticos. Y estarán frente a frente poeta y filósofo —nunca hostiles— y trabajando cada uno en lo que el otro deja. Así hablaba Mairena, adelantándose al pensar vagamente en un poeta a lo Paul Valéry y en un filósofo a lo Martin Heidegger."

Diríase, al leer este significativo pasaje en el cual el creador de Juan de Mairena propugna, sin duda alguna, el supremo ideal de una poesía a la vez existencial y metafísica, que el famoso precepto de *sentir el pensamiento y pensar el sentimiento* en el que cifró toda su arte poética el genial y atormentado don Miguel de Unamuno, fue también en la plenitud y madurez de su vida la suprema aspiración del misterioso y silencioso don Antonio Machado, quien, según dijo con una frase bellísima de Santa Teresa de Jesús, soñaba crear un día una lírica inmergida en las *mesmas vivas aguas de la vida.*